

aprecia en ella nítidamente la gran influencia francesa) y sobre el "Dialecto piemontese", en particular el turinés (pp. 196-212). La extensa bibliografía de Terracini, ordenada cronológicamente, completa esta valiosa publicación.—
J. M. LOPE BLANCH.

JOSÉ C. ANDRADE, S. J., *Horacio, poeta lírico. Su influencia en la literatura castellana* [así en la portada interior; en la exterior, *Horacio en la lírica castellana*]. Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1956; 308 pp.

En los nueve primeros capítulos trata el autor de caracterizar los valores de la poesía de Horacio —orden, unidad, claridad, nacionalismo, religiosidad, y por encima de todo "buen gusto"—, y en los trece restantes pasa revista a la poesía de España e Hispanoamérica (excluyendo, no se sabe por qué, a Puerto Rico, Panamá, Bolivia y Paraguay), para ver si los "vates" de lengua española se ajustan o no a la pauta horaciana. No trata, pues, de la "influencia" de Horacio en sentido estricto —como Menéndez Pelayo—, y ni siquiera menciona las traducciones horacianas de fray Luis de León o de Ismael Enrique Arciniegas (de fray Luis dice sólo, con alguna hipérbole, que fue "traductor de todas las literaturas, gigante asimilador de todas las formas de estética extranjera", p. 110); sólo se ha propuesto distinguir entre los poetas buenos —los que ostentan las cualidades que tuvo Horacio— y los poetas malos.

El primer español estudiado "desde el criterio horaciano" es "Juan Ruiz, popularmente conocido con su título de Arcipreste de Hita" (el *Poema del Cid* es de "configuración un tanto imperfecta" y Berceo demasiado "pesado", de manera que aún no se les puede aplicar el módulo horaciano). Pregunta el padre Andrade: "¿Puedese admitir, en crítica sana, como obra de arte, el libro del *Buen Amor* que, no obstante estar escrito por un clérigo, sin criterio alguno de selección moral, da fácil acogida en sus renglones a cuentos lúbricos y frases obscenas, en mezcla estrambótica con cantos sagrados y amonestaciones ascéticas?" Aunque el sentido de esta pregunta retórica no deja lugar a duda, el padre Andrade, inesperadamente, otorga su perdón al Arcipreste: el *Libro de buen amor* es un cajón de sastre, pero reducido "a la unidad de un punto de observación", "y ésta fue la dote horaciana del autor"; además, es muy realista (cf. el "autorretrato": "la cabeza non chica, velloso, pescozudo..."), "y éste es el otro mérito que lo hace soberanamente horaciano"; ergo, "entre toda la multitud de poetas de la edad media europea se destaca [el Arcipreste] como el cedro que en la selva sobrepasa, con el ramaje de su copa, a todos los árboles" (pp. 93-95). También es horaciano el romancero (pp. 99-108). También, globalmente, la poesía dominicana, "siempre de *buen gusto*, salvo raras excepciones" (p. 143). ¿Y la uruguaya? "Desafortunadamente", no (p. 203). La inquietante pregunta se repite a cada paso; en la p. 169: "Qué le faltó [a Amado Nervo]... para ser un gran poeta de estilo horaciano?"; en la p. 237: "¿Es Darío poeta horaciano?" (respuestas: "Horacio era un poeta sano...; Darío [aunque "nació poeta inmenso"] tenía los desequilibrios de Verlaine"); en la p. 225, al final del capítulo consagrado a la Argentina: "¿Hay en esa poesía valores horacianos?" (la respuesta, en la p. 228: "se dio igual fenómeno que en las otras literaturas; los genios como Lugones crearon poesía horaciana; y los mediocres se encargan de crear la decadencia"). Fray Luis de León, horaciano como ninguno, es por ello "el mejor escritor en castellano" (p. 111), y Núñez de Arce "es en el siglo XIX el poeta clásico al estilo de León", con lo cual está dicho todo (pp. 131-132). Góngora fue horaciano en sus romances y letrillas, "no sólo por guardar los preceptos de *buen gusto*... sino por la chispa humorística tan propia del escritor latino", pero

luego "se convirtió en antípoda del arte horaciano": el *Polifemo* y las *Soledades* son "jeroglíficos que nadie lee en épocas de *buen gusto*" (pp. 115-116); para García Lorca basta esta frase lacónica y terrible: "exceso de modernismo y pasión gongorina por el epíteto" (p. 135). El libro del padre Andrade parece una clausura de cursos, una larga, larguísima (pp. 89-298) distribución de premios y palmetazos a gran número de "vates" y "portaliras": por un lado los "portaliras" horacianos, los que tienen "estro", "numen", "corte elegante y sobrio" —en una palabra, "*buen gusto*"—, como Lisímaco Chavarría, Numa Pompilio Liona, Horacio Rega Molina, el padre Teódulo Vargas, S. J., don Vicente W. Querol y tantos más, y por otro los malos, los desorientados y oscuros, los decadentes, ininteligibles e irreligiosos (¿en qué abismos de *mal gusto* no caerá el que deja de ser horaciano?), como García Lorca, Porfirio Barba Jacob, César Vallejo, Borges, Carrera Andrade y —¿hace falta decirlo?— el "extravagante" Pablo Neruda.

Lo único grave de todo esto es pensar que semejante libro pueda utilizarse de veras en las aulas, imaginar que sea el padre Andrade quien escriba por primera vez en la *tabula rasa* de las inteligencias infantiles y adolescentes. A esas inteligencias vírgenes se dirige al explicar su dogma literario y al asentarnos dos o tres verdades como un templo (p. 59): "Vana sería la labor del crítico que quisiera hallar [en los versos de Horacio] el paisaje tropical, la descripción del Tequendama, o el ruido de la locomotora, o los círculos que traza un avión por el azul del cielo" (por si algún retrasadillo aún no entiende, el padre Andrade le da a renglón seguido una benévola y previsible explicación: "Esto no puede ser, por la razón sencilla de que los objetos que responden a esas imágenes no pertenecen ni a la naturaleza, ni a la civilización que conoció Horacio").—A. ALATORRE.

J. S. BRUSHWOOD, *The romantic novel in Mexico*. The University of Missouri, Columbia, Mo., 1954; 98 pp. (*The University of Missouri Studies*, 4).

Brushwood, estudioso de la literatura iberoamericana, se impuso en este trabajo algunas limitaciones previas, atendiendo seguramente a la extensión del período, a la falta de monografías sobre cada época y, en general, a las deficiencias de la bibliografía respectiva. Un análisis completo de la novela romántica mexicana no puede emprenderse todavía por esas causas; de ahí que el esfuerzo de Brushwood sea más encomiable. Estudia todo el romanticismo novelístico (1830-1880), con la única exclusión de la novela histórica, y recoge la bibliografía correspondiente, dando cabida a autores y obras de los que apenas se tenía noticia. Son éstos, ciertamente, muy secundarios, pero el investigador ha hecho bien en no descuidarlos en un estudio de conjunto, y sobre todo en su bibliografía, que es un buen punto de partida para trabajos ulteriores.

La primera parte abarca desde los comienzos del romanticismo hasta el predominio del realismo, con capítulos dedicados especialmente a los años 1850-1867 ("Society and sentiment") y 1867-1887 ("Altamirano's Renaissance"), períodos los más ricos en calidad y en cantidad. La segunda parte ofrece la bibliografía anotada en orden alfabético de autores. Fuera de texto se reproducen varias interesantes litografías —ilustraciones de novelas, retratos de los novelistas— que subrayan la imagen del romanticismo mexicano que nos da Brushwood: no sólo amor e intrigas, sino también "a portrayal of the social scene", costumbrismo de buena ley que alguna vez produjo obras de verdadero arte.—E. MEJÍA SÁNCHEZ.